

El Jubileo de la Ciencia Política y la Sociología.

Ramón Cotarelo

Los vigésimos-quintos aniversarios, los jubileos de la iglesia católica (pues lo judíos siguen aferrados a sus quincuagésimos) han marcado mi existencia. El 25, un cuarto de siglo, es un número mágico. Allá por el año 1964 un escritor español publicó un libro titulado *Nuestros primeros veinticinco años*. Lo hizo con el seudónimo de Luis Ramírez y en la editorial española en el exilio en París, Ruedo Ibérico, una colaboración que le costaría cinco años de cárcel en España. El libro se ha reeditado en 2011 ya con el nombre real del autor, Luciano Rincón, el famoso periodista y fundador del Felipe, fallecido en 1993. La lectura de ese libro, con cuyo espíritu resabiado me identificaba excepto en las partes religiosas que, no teniendo esas preocupaciones, me eran indiferentes, me puso a caminar por la senda que desde entonces llevo. Aunque no llegara a los 25 años, me sentía parte de esa generación.

Aquel año de 1964 el régimen del general Franco celebró también los 25 Años de Paz, que venían a subrayar implícitamente una continuidad que las conveniencias habían hecho abandonar: los años aniversarios de la victoria. La dictadura celebraba sus primeros 25 años con trémolos de triunfo y expansiones de alegría mientras que Ramírez lo hacía con la

amargura de quien no es reconocido, no es admitido, la “otra España”. 25 años en los dos casos pero ¡qué distintos!

Mi siguiente encuentro con el mágico 25 llegó cuando los cumplí en **1968**, un año de jubileo del izquierdismo mundial, una fiesta de la revolución de la que no pude participar por encontrarme en la cárcel, cumpliendo condena por los “delitos” de *propaganda ilegal* y *manifestación no pacífica*. Lo de *no pacífica* debería referirse a la forma en que la policía la disolvió, pero se refería a lo que los infelices manifestantes habían hecho que fue correr como almas en pena.

Así que estoy hecho a los jubileos. Hace poco me tocó estar en otro muy cercano a esta casa, si bien era el trigésimo aniversario. El del **centro asociado de Madrid**. Y me tocó porque ese centro lo fundé yo, lo saqué de la nada y lo dirigí durante cuatro años, en una situación muy distinta a la actual y contando con un personal funcionario del Ayuntamiento de altísima categoría. Fue una aventura de la que estoy orgulloso: todo un año trabajando para que, a comienzos de octubre, el centro abriera sus puertas en cuatro puntos en Madrid a unos 20.000 alumnos. Hubo que contratar a unos 300 profesores tutores, una selección también para estar orgulloso pues muchos/as de ellos/as han hecho carrera en la UNED sede central.

Y llega ahora el vigésimo quinto aniversario de **esta Facultad** que, con permiso, considero tan mía como el Centro de Madrid, pues fui yo quien la echó a andar, confiado en que los decanos comisarios que se dio, De Blas y Tezanos harían una labor espléndida como así ha sido y hoy comprobamos con satisfacción. Aunque no sea más que por la sorpresa de que el Decanato nos haya encargado hablar de sendos periodos de 30

años para celebrar un vigésimo quinto aniversario. La finura florentina del señor Decano que no solo no está en su otoño sino que está en un resplandeciente verano consiste en empezar el cómputo en 1982 o 1987. De todas formas podemos transaccionar: de 1982 a 1987 hubo dos acontecimientos políticos notorios, al margen de la modernización profunda de la sociedad española, reforma fiscal, universalización de la educación y la sanidad, divorcio, etc. Pero los dos que la posteridad recuerda porque son conflictivos, ambos en 1986 son el ingreso (el quede, más bien) en la OTAN y el ingreso en la Comunidad Europea. Ambos han traído consecuencias mixtas con cosas buenas y malas. La OTAN civilizó el ejército español, por así decirlo, y lo apartó de la política; en cambio nos metió en aventuras militares exteriores poco apropiadas para este destartado país. La CE nos trajo los fondos comunitarios con los que financiamos el desarrollo de los noventa, con la apoteosis de Aznar de meternos en el euro. La última consecuencia la estamos viviendo y es mejor no nombrarla.

Por lo demás vayamos a los 25 años. Han sido años repletos de acontecimientos internacionales y nacionales. Como todos los 25 años en Europa, un continente muy inquieto. Los dos acontecimientos internacionales más importantes en estos 25 años han sido el hundimiento de la Unión Soviética y del comunismo en 1991 y la actual innombrable europea que trae causa de la creación del euro en 2001.

El hundimiento de la Unión Soviética fue un acontecimiento de repercusión mundial, Mucha gente sostiene que puso fin al siglo XX, el más corto de la historia pues se hace empezar en 1917. Para el reino de la Ciencia Política fue un cataclismo. Muchos investigadores se quedaron de

golpe sin objeto de estudio. Las revistas especializadas, los institutos de investigación hubieron de cerrar y bastantes prometedoras carreras tuvieron que reorientarse. Hubo igualmente una crisis interna de carácter metodológico\_ ¿cómo era posible que nadie hubiera previsto tamaño acontecimiento?

La sustitución de la soviología y los estudios sobre el comunismo en general (que eran dedicaciones con abundancia de fondos por el interés que en ellos tenían las agencias de seguridad y espionaje) por estudios sobre los países eslavos no está siendo fácil, ya que las fuentes de financiación han decaído bastante.

Con el hundimiento del comunismo se coronaba la feliz predicción de Daniel Bell en *El fin de las ideologías*. De este modo, la Ciencia Política, siempre obsesionada por el temor a las ideologías, como sucede con todas las ciencias sociales, podía acometer el estudio de la supervivencia del comunismo allí donde se diera sin tener una obligada referencia a un Estado que era una superpotencia. Ello le posibilitaba además dar por zanjado el sempiterno problema metodológico reconociendo el triunfo final y la hegemonía del pensamiento liberal como si este no contuviera ideología alguna.

Con su aportación de la democracia liberal y el principio de la mayoría la Ciencia Política contribuye a configurar ese constructo complejo que llamamos cultura europea o civilización occidental, que incluye otros principios y valores cultivados por otras ramas del saber. Esto no quiere decir que haya desaparecido de nuestro campo el interés por las formas políticas no democráticas, tanto desde el punto de vista objetivo como el subjetivo, esto es, los puntos de vista autoritarios, en el

estudio de la política que pueden convertir la disciplina en algo fuertemente sesgado en un sentido conservador. Por ejemplo, con la interpretación de la función de la teoría política en relación con los valores en la obra del abuelo del conservadurismo actual, Leo Strauss. Pero son asuntos internos a la disciplina. El consenso mayoritario es democrático-liberal, si bien no está libre de críticas y ataques. Es más, dejaría de ser convincente si no fuera atacado.

El último beneficio del hundimiento del comunismo para la ciencia política ha sido el resurgimiento del pensamiento marxista, libre ahora de la pesada tarea de tomar partido por o contra la Unión Soviética. Los autores marxistas actuales son más libres e interesantes que los de hace 25 años porque son menos dogmáticos y capaces de organizar mixturas que un cuarto de siglo antes se hubieran considerado anatemas, como el marxismo y la filosofía analítica o el marxismo y la teoría de la decisión racional. Hay una verdadera revolución conceptual.

La implantación del euro es el otro acontecimiento trascendental del orden internacional y nacional pues España entró en él en un primer momento. Recuerdo que, por aquel tiempo, pronuncié una conferencia en un colegio mayor en un ciclo sobre el euro exponiendo mi escepticismo e incluso mi creencia de que, al final, un propósito tan absurdamente concebido no prosperaría. Y prosperó, dejándome por agorero y felicitándome de que la conferencia no se hubiera impreso pues así no quedaba constancia de mi patinazo. Hasta que dejó de prosperar y se abrió una crisis sin precedentes que es una crisis del euro, dejándome por adivino y maldiciendo de que no hubiera versión impresa de la conferencia. Los escritos son los que cuentan.

La llegada del euro y la política del ladrillo, para entendernos, posibilitaron un crecimiento insospechado de la economía española a través de la famosa burbuja inmobiliaria. Tan insospechado y espectacular que España se convirtió en los años 2000 en el país europeo que recibía más inmigración. Todavía en 2008, de los dos millones de inmigrantes en Europa, uno se quedó en España. Hasta que todo esto se vino abajo.

No me pondré aquí a analizar la crisis actual del euro por falta obvia de competencia, pero sí me permito señalar que la objeción que ponía yo en 2001 a la implantación del euro sigue siendo válida: la falta de una estructura política única en Europa, pero política en el sentido del decisionismo del maltratado Carl Schmitt, la ausencia de un órgano cuya voluntad fuera la decisión para toda la Unión. Porque si las monedas no están respaldadas por el poder político, tienen una vida accidentada y puede que corta, como la que Hobbes auguraba al hombre en el Estado de naturaleza: pobre, corta, miserable y brutal.

Los cambios políticos habidos en el país en estos 25 años han sido muy variados y de muy diverso orden. Terminó el primer ciclo socialista, al que los enemigos llamaban el ***felipismo***, notable aportación al léxico político, aunque no tan universalmente admitida como golpe, pronunciamiento, guerrilla, junta o quinta columna.

Se celebró el **Vº Centenario** como un acto de mística nacional, con la mitad de la clase intelectual española hablando de la misión civilizatoria patria, la evangelización de un Nuevo mundo y la otra mitad hablando de genocidio y exterminio, en una prueba más de la existencia de los dos imaginarios colectivos de las dos Españas. Entre tanto, me parece, la mayoría de la población mantenía una visión de América compleja,

contradictoria, mezclada y muy intensa por regiones, los gallegos en Cuba y en la Argentina, los canarios en Venezuela, los vascos un poco por todas partes.

Tras el Quinto Centenario que, para no faltar a la costumbre, coincidió con una crisis que, creo recordar, se llamó *Stagflation*, la presión de ETA, con un increíble historial sangriento en los años setenta y ochenta, llegó a hacerse insoportable. Tanto que el Estado cometió el error de recurrir al terrorismo a través de la aventura de los GAL, lo que quizá haya deslegitimado más la democracia española después de la intentona de Tejero y Milans del Bosch.

La llegada de los conservadores al poder coincidió con la derrota de los GAL y el procesamiento de sus responsables. Los conservadores, que no tenían ningún problema en relación con ETA porque jamás habían simpatizado con movimiento de liberación nacional alguno, acudieron a los resortes del Estado de derecho hasta el extremo de aprobar una ley que muchos consideraron anticonstitucional pero resultó no serlo que, en la práctica, imponía una especie de estado de excepción en el País Vasco.

Y así comenzó el largo fin de la banda porque aquella ley de Partidos abrió la posibilidad de que las actuaciones judiciales se dirigieran no solo a la represión de la organización terrorista sino a su profuso mundo de apoyo y respaldo social, desde empresas a medios de comunicación, pasando por peñas de fútbol y herriko-tabernas, inaugurando el espíritu de proceder judicial del juez Garzón que sus enemigos han criticado bajo el nombre de “todo es ETA”.

El “todo es ETA” o teoría del entorno tendrá más o menos simpatizantes pero, conjuntamente con la colaboración abierta de la

policía y judicatura francesas ha conseguido que en estos 25 años veamos lo que muchos perdieron la esperanza de ver: el fin de ETA sin ruptura del Estado de derecho. Un motivo de alegría que viene siempre matizado por el recuerdo a las más de ochocientas víctimas que se quedaron por el camino.

Otro acontecimiento crucial es la guerra del golfo, consecuencia directa del atentado a las torres gemelas, que dejó al mundo estupefacto y vino a costarle la cabeza a Sadam Hussein y a su país su práctica destrucción. La inclusión de España en aquella guerra que se hizo sin mandato de las Naciones Unidas e invocando un pretexto –la existencia de armas de destrucción en masa en el Irak- a todas luces falso, tuvo la oposición de una inmensa mayoría en España, cuando la tendencia del electorado empezó a cambiar y finalmente se decantó por el PSOE a raíz del atentado del 11-M. Pero no del atentado sino de lo que nuestro colega Sampedro llama el “colapso de la esfera pública” debido a la política comunicativa del gobierno. Estaba este empeñado en imponer una lectura que no se correspondía con los hechos, circunloquio con el que los académicos nos referimos a eso que la gente de la calle llama: un montón de trolas.

Incidentalmente crece el consenso en la disciplina a la hora de calificar las manifestaciones espontáneas del día 13 de marzo como el primer caso práctico de ciberpolítica, con su rasgo definitorio de movilización de multitudes de modo espontáneo, horizontal, no jeráquico, en red. La política 2.0 en estado emergente.

Las elecciones de 2004, interesantísimas en sí mismas y sobre las que disponemos de estudios extraordinarios, como los de Montero, Bouza



y otros, abrieron la segunda etapa socialista en la transición con una notable renovación generacional y mental en el PSOE.

Las dos legislaturas de Zapatero son tan distintas como cualquier dualidad de opuestos, lo blanco y lo negro, el bien y el mal, el yin y el yang. La primera fue la del camino de rosas: sobre una prosperidad mórbida que el gobierno no supo o no quiso calibrar bien, administraba un gran excedente en una ampliación del alcance del estado del bienestar, incluso entrado ya en un terreno de dádivas que más parecía apuntar a un populismo paternalista. Junto a esto una legislación progresista en terrenos sensibles como el divorcio, el aborto, la igualdad, la dependencia, la lucha contra la violencia de género, los derechos de las minorías, el matrimonio homosexual, pusieron a España en la vanguardia del ideal socialdemócrata Europeo, como un ejemplo para otros países.

La segunda legislatura, que acaba de cerrarse anticipadamente, fue un anticlímax. Zapatero siguió sin saber o querer ver la verdadera naturaleza de la crisis, hasta que esta lo devoró como Cronos devoraba a sus hijos. No sin que, antes, en mayo de 2010, como en una noche de Walpurgis, el presidente regresara del aquelarre de Bruselas convertido en su otro yo, sacrificándose por el bien del Estado, el yin pasaba a yang, desaparecía el benévolo socialdemócrata Dr. Jeckyll y aparecía el odioso Mr. Hide neoliberal.

La innombrable puso fin a la segunda etapa socialista y aupó al poder con una amplia mayoría absoluta a los conservadores. El juicio sobre estos debe quedar en suspenso hasta que se averigüe de fijo si la innombrable es una convulsión pasajera de los mercados financieros que ha repercutido sobre la economía real, generando un círculo vicioso de

subproducción y subconsumo que obstaculiza el crecimiento, como afirman los culteranos siempre más verbosos, o una estafa, como afirman los conceptistas, siempre más escuetos.